LIBROS

Una tragedia revisitada

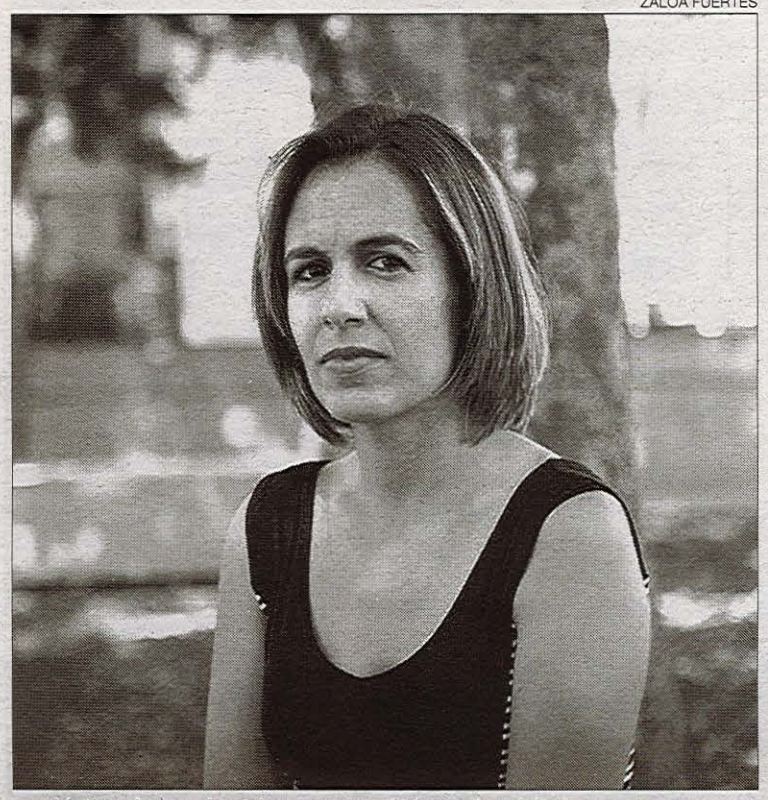
CRITICA Agirre ahonda en las sombras de la maternidad desde un filicidio ficticio

OLGA MERINO

Como en el mito de Medea, que asesina a sus hijos en venganza al ver su lecho deshonrado por Jasón, *Las madres no* arranca con un filicidio: Alice Espanet, una mujer acomodada en la alta burguesía vasca, ahoga a sus bebés gemelos en la bañera, los seca con una toalla y los deposita sobre la cama de matrimonio a la espera de que la niñera regrese a la casa y descubra los cadáveres. Entretanto, en una trama paralela, la narradora protagonista de la historia, madre primeriza, recién parida en el hospital de Basurto, se obsesiona con el infanticidio que sacude el país hasta tal punto –un vínculo muy leve la había unido con Alice en el pasado– que solicita una excedencia en el trabajo no tanto para *criar* al pequeño Erik, sino para *crear* una obra que esclarezca los porqués del crimen.

A medio camino entre el *thriller*, la supuesta crónica periodística de un asesinato ficticio y el ensayo, la segunda novela de la escritora Katixa Agirre (Vitoria-Gasteiz, 1981) avanza a un ritmo trepidante, al menos en la primera parte, mientras la narradora innombrada investiga la verdad oculta tras el crimen (¿cabe mayor aberración imaginable?) y despelleja sus propias dudas sobre la maternidad, desde la chacinería de una cesárea, hasta las servidumbres de la crianza: dar la teta, cambiar pañales, el bebé que llora, las noches en vela... El útero acaba, pues, devorando todos los demás yoes de la mujer. Como bien proclama Medea en la tragedia de Eurípides, la maternidad, desde su mismo origen, no es un estado beatífico: «Dicen que vivimos en la casa una vida exenta de peligros, mientras ellos luchan con la lanza. Necios. Preferiría tres veces estar a pie firme con el escudo que enfrentarme al parto una sola vez».

ZALOA FUERTES

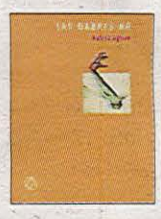


▸▸ Katixa Agirre, los claroscuros de la maternidad.

Escrita originalmente en euskera (*Amekezdute*, Elkar, 2018), *Las madres no*, tiene claras concomitancias con *El adversario* (Anagrama, 2000), novela con la que Emmanuel Carrère saltó a la fama, basada en el caso real de Jean-Claude Romand, quien en 1993 asesinó a sus padres, a su esposa y a sus dos hijos al no poder soportar más la impostura que había sostenido sobre su verdadera identidad durante casi 20 años. Aquí el asunto toma otra deriva, debido al puerperio de la narradora y su necesidad de escribir, abriéndose a las reflexiones ensayísticas –a veces en detrimento del pulso narrativo– sobre el controvertido binomio: Doris Lessing («la maternidad es el Himalaya del tedio»); Virginie Despentes; Simone de Beauvoir («se dice caprichosamente que las mujeres tienen enfermedades en el vientre, y es verdad que encierran dentro de sí un elemento hostil: es la especie, que las roe»); el fantasma de Silvia Plath y el de su hijo suicidado; las arañas maternales de la escultora Louise Bourgeois; o precedentes literarios como *La infanticida*, de Caterina Albert.

¿Otra novela más sobre la maternidad? Sí, porque aún quedan muchos recovecos oscuros por iluminar. ¿O acaso el principio de la vida y sus consecuencias no constituyen un tema universal? *Las madres no* es sobre todo provocación, un convite a pensar. ≡

▸ **LAS MADRES NO**
Katixa Agirre
Tránsito
Trad. Katixa Agirre
208 págs. 18,90 €



Reflexión novelada sobre la creación

CRITICA Manuel Baixauli se pregunta para quién narramos

VICENÇ PAGÈS JORDÀ

Más de un crítico tiende a considerar erróneamente que las ficciones no son más que reflexiones. Por el contrario, en *Ignot*, Manuel Baixauli (Sueca, 1963) indaga a través de la forma de la novela. Resulta inútil, por lo tanto, buscar en él virtudes decimonónicas como la coherencia de las situaciones o la verosimilitud de los personajes. No estamos ante una recreación de la vida cotidiana, sino inmersos en un precipitado de aforismos y símbolos que giran en torno a la creatividad artística, la necesidad de la soledad y la productividad del fracaso.

Más que tener significado en sí mismos, los elementos del libro piden una lectura trascendente: las viviendas no se eligen por comodidad, sino para formar una letra en un mapa, o para dibujar en las paredes, ya que el arte no se concibe para ser expuesto en una galería comercial sino para rodear el artista, como un claustro sagrado.

A medida que avanzamos la acción deriva hacia el sueño o hacia la literatura, que en el libro son realidades tan completas como la que creemos que nos acoge. Encontramos sótanos, islas rodeadas de tinta, espejos que nos devuelven la imagen del escritor o el videoartista que nos ha creado.

Ignot es un metalibro que recuerda la pregunta que planteaba la novela más singular de Miquel Pairolí, *El manuscrit de Virgili*: ¿para quién escribimos? Como dice un personaje de Baixauli, «El éxito distorsiona, corrompe, devasta el talento natural». Doce años después de *L'home manuscrit*, el autor retoma el borrado de las fronteras convencionales y nos invita a iniciar el año con una exhibición de libertad, pureza y fantasía.

▸ **IGNOT**
Manuel Baixauli
Periscopi
256 páginas
18 €

ring literario

KIKO AMAT

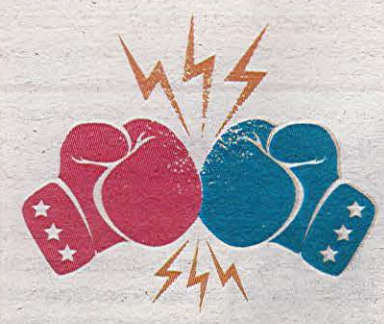
Twain contra Harte

Cuando dos escritores intiman suele invadirles al poco tiempo la compulsión de colaborar artísticamente, como si lo de mantenerse en términos amistosos no fuese suficiente milagro. Haruki Murakami siempre dice que dos literatos no pueden ser amigos, y el caso de Brett Harte y Mark Twain parece darle la razón.

Harte era el mayor: poeta, periodista, cuentista y editor del magacín donde colaboraba el joven Twain. Este, lenguaraz de biografía exótica y carácter indócil, admitía que Harte pulió su estilo y le hizo pasar de «torpe productor de groserías grotescas» a escritor. Deberle cosas a la gente es una mala casilla de salida, que no puede sino emponzoñarse cuando uno de los dos (Twain) es mucho mejor que el otro, y encima la pareja, embriagada por el *bromance*, decide adaptar un poema del malo (Harte) a obra de teatro. Y a dos manos.

La idea era una mierda, pero aún podía *remenarse* para que hiciese más *pudor*. En 1876, en pleno proceso de redacción, Harte le pidió un cuantioso préstamo a su socio. Twain le contestó que ni en broma, y añadió que máximo podría pagarle 25 dólares por semana para escribir con él una nueva obra. Harte, en un raro momento de aplomo, se limpió el trasero con la oferta.

Desde ese momento, los examigos cesaron de estar en lugares a la vez. Lo que habían pergeñado a desgana (*Ah Sin*, una floja comedieta sobre racismo antichino) se ensayó con la presencia de Harte y la ausencia de Twain. La *première* fue justo lo contrario. Daba igual quien estuviese. La obra se la pegó, como el hijo no deseado que era.



En el que van dos autores y se hacen amigos y **se ponen a escribir** una obra de teatro juntos y todo se va a paseo

Esta historia podía haber terminado ahí, pero Twain quería venganza. Escribió al presidente James Garfield para impedir que le otorgase un puesto diplomático («Harte es un mentiroso, un ladrón, un estafador, un esnob, un borracho, un gorrón, un tramposo y traidor hasta la médula»). Harte murió en 1902, peroTwain fue incapaz de permitirle descansar en paz y aplicó sus temblonas nalgas a la fría lápida, afirmando en sus memorias que, aunque Harte «le cayó bien al principio», luego vio que era «malo, malo de verdad (...), carecía de conciencia y sentimientos».

Se preguntarán qué hizo Harte a lo largo de 26 años de vilipendio. Pues mantuvo lo que muchos críticos literarios definen como «digno silencio», pero que en mi pueblo siempre hemos llamado de otro modo. ≡